

Enseñar literatura en tiempos estúpidos¹

Santiago Dentone

«Ricos o pobres, universitarios o ágrafos, burgueses o proletarios, gerentes o carteristas, tilingos o reos, chetos o planchas: todos somos una masa analfabeta funcional mediática».

Sandino Núñez: *El miedo es el mensaje*.

Resumen:

¿Cómo deberíamos interpretar la drástica sentencia del epígrafe? ¿Qué lectura persigue más allá de la perplejidad, la alarma o la desesperanza? ¿Habrá quien lo atribuya a un exceso retórico o al pesimismo propio de su autor? ¿Le asistirá a esta idea apocalíptica alguna posibilidad de Verdad? Si todos, incluidos los profesores de Literatura y de otras humanidades, fuéramos una masa analfabeta funcional mediática, ¿cuál sería el sentido y la razón de nuestra profesión?

PALABRAS CLAVE: literatura – educación – modernidad líquida – lenguaje

Teaching literature in 'stupid' times

Abstract:

How should we interpret the drastic judgment of the heading? What reading seeks beyond perplexity, alarm or despair? Will there who attributed it to a rhetorical excess or own pessimism of the author? Did you attend this apocalyptic thought any chance of truth? If everyone, including teachers of literature and other humanities, we were a functional illiterate mass media, what would be the sense and reason of our profession?

KEY WORDS: literature – education – liquid modernity – language

RECIBIDO: 09/02/2016

APROBADO: 12/03/2016

¿Masa? ¿Analfabeta? ¿Funcional? ¿Mediática?

Para quienes aún no han profundizado en la obra de Sandino Núñez será preciso advertir que se trata de uno de los más inteligentes, agudos, omnímodos y complejos pensadores contemporáneos. Además – para nosotros los uruguayos –, es un cable a tierra a las teorías más imprescindibles del humanismo universal. De modo que, por más excéntrica o desatinada que estimemos la afirmación inicial, no podríamos menos que tomarla en serio.

Antes que nada convendría precisar el sentido y el alcance del sintagma «masa analfabeta funcional mediática» para que esto no se convierta en una discusión de palabras sino de conceptos, como diría Vaz Ferreira. Probablemente alcance con entender lo que Sandino Núñez entiende por «masa», ya que los adjetivos «analfabeta», «funcional» y «mediática», más que describir al sustantivo, son causas, consecuencias o –¿por qué no?– metáforas de lo mismo. Afortunadamente este autor escribió para nosotros un *Breve diccionario para tiempos estúpidos* (2014) en el que aparece, junto a otras sesenta, la palabra «masa». El concepto de masa es el mismo que se desprende de la tan renombrada locución «cultura de masas». Pero mejor atendamos a la forma en que el mismo autor lo pone en lenguaje:

La cultura de masas disuelve y borra toda polarización antagónica entre lo oficial y lo popular, entre la élite y la calle, entre la solemnidad del poder y la fuerza de profanación del pueblo. Pero también entre conservadores y revolucionarios, entre reaccionarios y progresistas, entre derechas e izquierdas. Así, es mejor entender la masa como una fuerza neutra, disuasiva, de puro enfriamiento, sin punto de aplicación ni origen ni destino. La masa es una nube densa y enorme que absorbe toda energía, todo concepto y toda idea, y aún toda doctrina y toda fe, y los disuelve y los neutraliza por enfriamiento y repetición. La masa es lo opuesto a lo social: es, en realidad, la muerte de la sociedad, es el presente y el futuro estado de inexistencia social. (Núñez, 2014: 78-79)

La masa es efecto y parte de la llamada cultura de consumo, cultura del entretenimiento, modernidad líquida o, directamente, tiempos estúpidos como prefiere Sandino Núñez. La masa es la «resistencia pasiva e inercial del cuerpo» a la vida, a sus conflictos y sus simbolizaciones; es la inercia homeostática anterior al lenguaje, a la consciencia de sí, a la idea. La masa

flota sin esfuerzo, solamente funciona y se resiste a los obstáculos, a las anomalías y a toda conceptualización que se resista u obstaculice su funcionamiento. Es «funcional» porque obedece sin resistencia –sin siquiera consciencia de obediencia– a la megamáquina capitalista de las democracias liberales contemporáneas. Es funcional porque goza inconsciente y despreocupada de su función; extasiada y fascinada en la frotación de los cuerpos con la máquina. Es «mediática» porque vive en los medios de comunicación, atrapante líquido amniótico hipertecnologizado que nos permite sobrevivir en tanto seamos obedientes. Los medios y su principal operador económico, la publicidad, ordenan y universalizan los campos discursivos ejerciendo su represiva autoridad con incuestionable impunidad y decoro. Y es «analfabeta» porque, como ya dijimos, la masa carece de pensamiento, de lenguaje y, naturalmente, de Sujeto, en tanto que la relación masa-medio-capital (y también Estado) es aporética, ahistórica y apolítica, condiciones necesarias para la emergencia del Sujeto:

[La máquina masiva del capitalismo] funciona por anexión tecnológica y crea violentas adaptaciones funcionales. Opera menos por ideología a través de sistemas doctrinarios que persuaden, que por contacto y contagio gracias a la generalización de un ambiente vital al que el cuerpo debe adaptarse porque de lo contrario muere. Es lo que se llama globalización o pensamiento único [...] la máquina funciona no porque seduce o persuade, o porque prohíbe y castiga, sino porque fascina y hechiza, porque estimula y proporciona placer, un placer inercial, sordo y oscuro, que parece tejido sobre el miedo obsesivo más mezquino: el miedo a olvidar la coreografía, el miedo a perder el equilibrio y el ritmo y la velocidad, el miedo al fracaso y a la derrota, el miedo a perder la oportunidad. De manera que la masa no es engañada o amenazada para ser mantenida en una posición de docilidad o servidumbre. La cosa es bastante distinta: la masa –antes que nada– goza: goza en su estado de eterna flotación pasiva. (Núñez, 2015: 22- 23)

En una publicidad gráfica de la marca de artefactos electrónicos Sony, se observa a un hombre de unos cuarenta años sobre los hombros de un niño de unos diez, señalando algún producto con ansiedad compulsiva, mientras se alcanzan a ver por detrás otros hijos cargando con sus padres en similar actitud. El gesto humorístico es cínico o, más bien,

Santiago Dentone

santidentone@hotmail.com

Licenciado en Ciencias de la Comunicación Social, ejerció el periodismo en diversos medios. Condujo durante un año la revista *Son*, mensuario que reunió a más de cincuenta jóvenes hacia fines de la década del noventa. En el ámbito de la Comunicación obtuvo una Especialización en Estrategias Comunicacionales de la Maestría en Comunicación (UCUDAL). Posteriormente realizó el profesorado de Lengua y Literatura en el CeRP del Este y se desempeña como docente desde 2006. Actualmente da clases de Idioma Español y Literatura en UTU y liceos de Maldonado, y en la Cárcel de Las Rosas. También ha dictado Teoría Literaria en el CeRP del Este desde 2009 hasta 2014 y es profesor de Metodología de la Investigación y Análisis Literario hasta la actualidad.

perverso: los padres comportándose como niños, o más niños que los niños. Cuando todos sabemos que les correspondería el lugar de la Ley (Superyo), adoptan el del Placer (Ello). En ese aviso publicitario, como en tantos otros, hay una imagen elocuente de la radical infantilización de la sociedad de hoy, primitivizada al puro instinto del placer, de los impulsos energéticos y la satisfacción de los deseos más primarios en un juego democrático absolutamente libre: libre de razón, libre de consecuencias, libre de consciencia, libre de lenguaje. Libre e ilimitado: isotopía publicitaria que nos invita a vivir en el mejor de los mundos; reino horizontal de la masa que se reconoce en el consumo o, más aún, en el consumismo del consumo. Un mundo socialmente imposible cuyo correlato es la violencia, la marginación, la contaminación, la desintegración, la deserción escolar, el analfabetismo funcional, las muchas formas de la insalubridad física y mental, «las anomalías», la destrucción de lo social.

El imperativo publicitario es el que requiere la acumulación del capital: el derroche, el deseo irrefrenable, el antojo, «date un gusto», «mimate», «seguí tus instintos», «no te quedes con las ganas», «no esperes más», «no te quedes afuera», «no lo pienses más», «compralo, pedilo, tenelo, llevalo ... ¡ya!». La publicidad es la abuela buena que nos compra todo o, como expresa Sandino Núñez en relación a la televisión, «es una gran madre buena y demagógica que trabaja a la libre demanda de su bebé fofo y desdibujado» (Núñez, 2011: 55). La marca es el fetiche sagrado, nuevo ídolo de un mundo llanamente profano. Nada tiene ya un valor trascendental, la masa no persigue ideales, no busca la Verdad (no podría buscarla porque solo el Sujeto es capaz de lanzarse en esa búsqueda), la única Verdad es la que está en los medios, la única trascendentalidad; creer o reventar:

Por un lado el mercado generalizado e ilimitado es el campo unificado de lo profano, la vasta feria en la que todo se cambia por todo sin que exista un solo objeto o una sola entidad (lo sagrado) capaz de metaforizar una salida del campo de los intercambios y de las equivalencias. Por otro lado, el universo publicitario realiza la misma operación, pero invertida: en la publicidad todo aparece sacralizado, lleno de imágenes, milagros, música sacra, consignas y santos, sin que exista la más remota posibilidad de profanación. [...] Y la mercancía así, doblemente alienada de sí misma, se replica en el fondo profano absoluto (el mercado) y en un sagrado absoluto (la publicidad), un fetiche verdaderamente deslumbrante en un

mundo que parece despojarnos de cualquier posibilidad política (inventar un sagrado contra el fondo indiferenciado de lo profano) o crítica (profanar, llegado el momento, un sagrado). (Núñez, 2012b: 48)

Sin un corte político siquiera avizorable, sin ninguna perspectiva razonable de autorreferencialidad crítica, parece no haber salida al inmanentismo narcisista de la máquina mass mediática. No caben dudas de que «hay una gran crisis de valores» (a esta altura se ha vuelto un estribillo hartamente repetido por sabios e ignorantes), salvo que nadie parecería saber explicar su sentido profundo. Creyendo dar una respuesta inteligente al actual estado de las cosas no se hace más que señalar la boca del agujero. Gesto puritano facilista y de encomiable corrección, aunque absolutamente incapaz de situarse verdaderamente en el problema. Como primer movimiento de cualquier redención posible convendría saber que *estamos* en el agujero. Porque aquello que el sagaz observador llama «la falta de valores» se le ha metido en el cuerpo a través del aire que respira; en sus hábitos y sus maneras, en sus necesidades de compra y entretenimiento, en su noción del tiempo, sus prácticas comunicativas, su escasa resistencia a la espera, a las relaciones duraderas, al sacrificio, y a toda demora o aplazamiento de las ganas.

Esa es la mecánica: el capital y el mercado sencillamente intervienen con objetos parciales y obligan al cuerpo social (y al propio Estado) a una adaptación brutal a ese mundo [...] la necesidad de ese mundo ya es parte de la lógica vital y metabólica de la masa y hasta del pueblo (hasta el punto en el que las medidas políticas anticapitalistas serán vividas como profundamente impopulares). (Núñez, 2015: 38)

El genio humorístico de Quino retrató con lucidez esta situación en una viñeta en la que muestra, en primera instancia, a un joven pastor tocando su flauta mientras el rebaño pasta mansamente. De pronto, el ingreso del diablo con un televisor en la mano por un costado del cuadro da la pauta del conflicto. El equilibrio del emancipado pastor comienza a resquebrajarse en una serie de cuadros a partir de que el diablo deja el televisor a su lado y se retira. Entonces comienza la doble transmutación: primero serán las ovejas quienes concurren hipnotizadas frente a la pantalla como ante el llamado de un nuevo guía espiritual, para luego ser el propio hombre quien experimente su transformación en oveja sumándose a la fila del rebaño, mientras la flauta (símbolo de su consciencia, del Yo) yace abandonada entre los pastos ya crecidos.



Sandino Núñez

La trama intertextual de la viñeta concluye en la inquietante tesis de que la televisión es nuestro «nuevo pastor», ante quien nos conducimos como simple rebaño, con el agravante de que este nuevo pastor encarna el mal. En definitiva, la viñeta sostiene una perspectiva sumamente crítica y para nada humorística sobre la sociedad actual: la transposición perversa de la matriz constitutiva del mal y del bien. No somos capaces de ver al lobo bajo la piel del cordero. O peor, tememos al lobo que se encuentra bajo la piel del cordero y preferimos seguirle su juego, olvidando, a su vez, el carácter de «juego». Hemos abandonado nuestra posibilidad de pensar, de crearnos y recrearnos, de tener un lenguaje, de no ser estúpidos («todos nacemos estúpidos, pero todos nacemos con la potencia de dejar de serlo», sostiene Sandino Núñez²). Nos hemos entregado al poder omnipotente de un dios mediático, o mejor dicho, del *Dios Capital*, cuyo profeta o intermediario con la tierra es, precisamente, el *Medio*.

A la luz de lo expuesto magníficamente por Quino, se nos presenta nítidamente aquello que señalaba Walter Benjamin al decir que el capitalismo «es una pura religión de culto, quizás la más extrema que haya existido jamás [...] El capitalismo es una religión de mero culto, sin dogma» (s.f.). Y de esto último se desprende lo terrible: el mal se constituye en el desconocimiento de lo social, la indiferencia a la

alteridad, el egoísmo narcisista más básico e ilimitado, la inexistencia de un dogma o una razón legítimamente elaborada, mientras que el bien es dependiente de la preexistencia de un lenguaje, un espacio en común, una escala de valores, una consciencia. Todos elementos cuya ausencia o debilitamiento son síntoma de que no vamos por un buen camino.

El lenguaje: un agujero

La metáfora corresponde, nuevamente, a Sandino Núñez. Frente a las distintas causales esgrimidas en torno a la «rotura o rasgadura del tejido social» (2011: 149) acaecida durante los últimos quince años de «capitalismo salvaje», el autor entiende que «ese agujero, esa catástrofe [...] está en el propio lenguaje». ¿Qué significa, entonces, *lenguaje* para Sandino Núñez? Para entenderlo quizás sea conveniente atender a su propia distinción entre *voz*, *lenguaje* y *palabra*.

Lenguaje supone también un antagonismo doble: por una lado, con la Voz, o mejor, con las voces (la mera expresión de lo vivo, la pluralidad de los dialectos, los modos y ocurrencias contingentes y singulares del habla); y por otro lado, con la Palabra (la voz de la autoridad territorial, la orden o el mandato, la voz dogmática absoluta). (Núñez, 2011: 134)

En una primera y oportuna homologación cabría identificar voz-lenguaje-palabra con ello-yo-superyó respectivamente. La voz es anterior al lenguaje, es el murmullo sin relato, es experiencia pura anterior al lenguaje que espera por su sentido, expresión de nuestra animalidad, impulso bestial. La voz está en relación dialéctica con la palabra, reacciona contra la palabra. La voz toma distancia, se aísla, cuando la palabra se muestra más prepotente, más intransigente. El lenguaje, en cambio, no «es ni la latitud horizontal de las voces, ni la abrupta e inmóvil verticalidad asignificante de la palabra [...] [es] el logos, la razón, la ley, la legitimación misma como procedimiento o tecnología» (147). La «catástrofe» de la sociedad contemporánea democrática es la de inhibir su propia capacidad de producir lenguaje sobre sí misma. Su capacidad de pensarse, de decirse, de entenderse. El imperativo de la comunicación (debo opinar porque puedo opinar, porque tengo la tecnología para exhibir mi opinión, aunque en el fondo mi opinión carezca de una lógica razonable de legitimación) y el imperativo de la diversión (todo debe ser divertido y pobre de que no lo sea) actúan para obturar el pensamiento, la discusión sobre lo justo y lo injusto, lo necesario y lo superfluo, lo razonable y lo irracional, lo bueno y lo malo.

No soy capaz de «entender» la realidad social si no «entiendo» el lenguaje que la sostiene, la presupone y la postula –y que es, a su vez sostenido, presupuesto y postulado por ella–. Y «entender» ese lenguaje, *pensar* ese lenguaje, conquistar cierta porción de trascendencia con respecto al lenguaje (y no solamente «vivir» el lenguaje, pragmáticamente, como simple herramienta de comunicación o expresión), es, precisamente, el momento subjetivo por excelencia, el acto constitutivo de subjetividad. (Núñez, 2011: 138)

Extremando la homología al campo de la educación, *voz* correspondería a la actual liquidez de las instituciones educativas con su paradigma de inclusión, tolerancia, evaluación por proyectos, adecuación curricular, pase social, cero repetición, más oralidad y menos escritura, más inteligencias múltiples y menos pensamiento. *Palabra* referiría al aprendizaje relación sujeto-objeto, burocratización. Básicamente, como sostiene Núñez «la cultura puritana no civiliza o educa a las voces con el lenguaje; las norma o las disciplina con la palabra». (145) Y esa parecería ser la «cultura» dominante en nuestras aulas.

¿Cuál sería entonces la posición del *lenguaje* en un contexto educativo? Claramente el lenguaje ocuparía el lugar de lo pretendido, mientras que alumnos y profesores ejerceríamos –cada uno desde distinta posición– como pretendientes. El lenguaje sería la forma racional y razonable de vincularnos con nuestra realidad socialmente entendida. Es la crítica,

la reflexión, la introspección; la búsqueda y la defensa de la Verdad. El lenguaje, como el Sujeto –en tanto lugar en el que opera el lenguaje–, surge bajo ciertas condiciones y desaparece si esas condiciones no se presentan. Y por condiciones se entiende, por sobre todo, la existencia primordial de la escritura, ya que, tal como lo explica Sandino Núñez, «el pasaje de la vida a una vida calificada para la polis (Aristóteles: *Política*) es también el pasaje de la voz al lenguaje, de la oralidad a la escritura» (133).

A esta altura parecería oportuno afirmar que el papel del profesor consiste en proporcionar las condiciones necesarias para que pueda surgir el Sujeto. Y aunque, como señala Núñez, «no parece que esas condiciones se vayan a presentar en un futuro razonablemente cercano», restablecer de algún modo la autoridad del lenguaje es ya una necesidad: «al sujeto hay que obligarlo a existir. Y esa es, hoy, una práctica discreta y solitaria, o, si se quiere, aristocrática: es una práctica política de resistencia». (2012a: 14-15)

Entre el «¡Sálvese quien pueda!» y el «No te salves»

El grito de «¡Sálvese quien pueda!» surgió, aparentemente, en los naufragios de épocas pretéritas. Más acá, tomó la forma urbana, periférica y autoafirmativa del «rescatate» (metáfora triste de la soledad y la marginación). Estas voces –desarticuladas, a-dialécticas y resignadas– sobrevuelan el ambiente educativo en la actualidad. El problema del lenguaje se debe, entre otras cosas, a la falta de políticas coordinadas, a la ausencia de principios claros y convincentes, seguros de sí (*self-confident*). Se debe, *causalmente*, a la falta de lenguaje.³ Estamos gestionando la crisis con respuestas fragmentadas, dispersas, puramente cuantitativas, imprecisas o ilusorias.

Los mejores intencionados –al margen de cierta ironía–, sensibles a los contextos adversos de alumnos con bajísimos desempeños en lectoescritura, se ven en la obligación moral de dejar todo como está para evitar frustraciones y evaluaciones tortuosas a muchachos que no se sabe bien si no pueden, no quieren, o no pueden-así, o no quieren-así. De esa manera cumplen doblemente: con la voz interior de la «culpa» y con el propósito oficial consistente en la disminución de repeticiones y abandonos a toda costa. El fondo maquiavélico detrás de estas prácticas se resume de forma condicional: «si la vida (recordemos que el *neoliberalismo* es la vida) no requiere Sujeto, ni Lenguaje, ni Pensamiento, para qué voy yo a complicarles y complicarme la vida». Dice Adorno: «la necesidad de pensar es lo que nos hace pensar» (citado por Bauman, 2009: 47).

«No te salves» (la alusión es a Mario Benedetti) reacciona contra la fuga, la libertad intrascendente de vidas y de cuerpos. «No te salves» equivale a «encará», «da la cara», «trascendé», y requiere de profesores conscientes de que «sujeto, lenguaje, o sociedad, son los emergentes de ciertas prácticas políticas y organizativas, jurídicas, escriturarias, educativas» (Núñez, 2011: 140) y de que el mayor esfuerzo pedagógico que es necesario realizar es el de educar en lectura y escritura. Se hace necesario refundar al profesor intelectual por más que es notorio, como advierte Sandino Núñez, que «hoy nadie quiere ser, ya, intelectual [...] en tanto hoy más que nunca ese lugar parece exigir algo como un mesianismo y una oratoria sagrada. Y sabido es que esos atributos no son democráticos.» (2012a: 155). Pero la construcción social, razonada en relación al conjunto de sus integrantes, y la libertad individual, entendida como capacidad superior de interpretación, solo pueden emerger como intelecto; mientras que la democracia liberal, mediática y capitalista, oprime y aniquila tanto a la sociedad como al pensamiento.

Primero debemos creer en eso. Debemos creer en el papel mesiánico del intelectual, pongamos por caso, y discutirlo desde ese lugar y no como quien le ha creído e intenta enmendar la ingenuidad de haberle creído con otra todavía más grande: dejar de creerle. (Núñez, 2012a: 132)

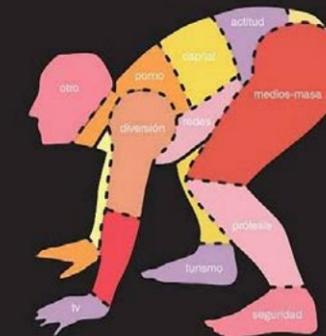
La situación del intelectual en la actualidad no es tan distinta a aquella distopía que vislumbró Bradbury en *Fahrenheit 451*, cuando un grupo reducido de militantes literarios combatía clandestinamente contra un poder hipertecnologizado para evitar la desaparición del libro y de la idea, en definitiva, de la humanidad. A diferencia de aquella metáfora cinematográfica, la reducción del intelectual y de *lo* intelectual no proviene ya de la persecución ideológica de una autoridad militarizada y dogmática, sino de la profanación ejercida por un poder mucho más liberal y bonachón, más precisamente una ausencia de poder. Es así que acordamos plenamente con lo expresado por el profesor Fabián Muniz respecto a que nuestro problema como educadores de Literatura y otras humanidades «no es todo lo que falta», sino «todo lo que hay»:

Todo lo que, paso a paso, va determinando una forma de vida cuyo ritmo y funcionamiento se distancian cada vez más de la disposición espiritual (a falta de una mejor palabra) que necesitamos para experimentar la literatura, ya sea como lectores o como escritores: paciencia, esfuerzo, dedicación, pasión, deseo de decir o recibir un sentido, y certeza de que en ese sentido hay algo valioso para el otro o para nosotros mismos. (Muniz, 2015: 117)

breve diccionario para tiempos estúpidos

observaciones oscuras sobre ontología pagana

Sandino Núñez



ciatuva EDITORA

Para nosotros, humanistas y, más específicamente, profesores de Literatura, se hace necesario mantener y sostener el mito de la literatura como posibilidad de lenguaje, espacio inteligente de lo social. El mito, aún despojado de su ontología religiosa, es una historia «sagrada», es decir, verdadera. El mito surge de una necesidad por salvar la distancia entre el ser biológico y el sujeto ofreciendo una explicación socialmente construida, así como patrones de comportamiento y modelos de vida (M. Eliade, 1991). Y eso es a lo que nos habilita, precisamente, la literatura. Gracias a ese recogimiento intelectual el mundo es a la vez misterioso pero legible, tiene una historia, un lenguaje. Defender la literatura no es más que consagrarse a la superioridad del pensamiento y de la escritura sobre la libre, caótica e insignificante circulación de voces.

Lo que queda por hacer

Focalizarnos en las formas de enseñanza de la lectura y la escritura requeriría otro espacio y otro curso expositivo. Vamos a concluir en términos más generales pero igualmente relevantes en lo que refiere a la enseñanza de las letras (deberíamos cuestionarnos sobre el «divorcio» con las ciencias naturales).

Sandino Núñez explica que para que el lenguaje pueda tener una relación didáctica con las voces «es necesario que estas sean ya lenguaje (a menos en parte), es decir, que estén interesadas, como imantadas por él, atentas o sensibles a sus procedimientos, seducidas por su locuacidad o su inteligencia». (2011: 148). En consecuencia, parecería ser que las formas, métodos, objetivos o, aún, programas y planes de estudio, debieran estar precedidos por la auténtica formación o disposición intelectual de quienes adquieren el rol y el compromiso de educar.

Si bien hemos sostenido que el lenguaje es dominante con relación a las voces, cierta sabiduría, adquirida mediante procedimientos de abstracción propios de la reflexión intelectual, deberá también hacernos dudar de sus certezas. «El lenguaje», afirma Sandino Núñez, «también debe ser atravesado, vulnerable, descentrado de su naturalidad y de su certeza, en permanente amenaza de crisis, deconstrucciones y diseminaciones parciales, desangrándose en voces o interpretaciones (se trata de un logos vacilante y paradójicamente autoafirmativo y autocomprensivo como el propio Yo cartesiano. Su deseo de afirmación está en relación directa con su imposibilidad de afirmar)».

Es común que en las instituciones educativas se observe el empleo sistemático del modelo autoritario y totalitario de la «exhibición» (Fernández, 2011),⁴ regido por la autoridad de la Palabra tal como la describe Núñez. Bajo dicho modelo, el enseñante se presenta como un yo omnisciente que todo lo sabe, inhibiendo a su vez el pensamiento del aprendiente. En estos casos, el enseñante no es visto como portador de conocimiento sino como el conocimiento mismo; si el conocimiento siempre parece estar capturado por el otro en su totalidad, el aprendiente sentirá que carece de instrumentos para conocer y siempre proyectará el conocimiento en el otro. El no saberse partícipe de la construcción del conocimiento lo recluye a una posición sumamente pasiva y reproductiva.

En cambio, la relación denominada «mostrar-guardar», cercana a lo que Sandino Núñez entiende por lenguaje, establece un vínculo en el que el enseñante se muestra abierto y comunicativo frente al aprendiente; sincero frente a su conocimiento y a sus faltas, y respetuoso frente a los deseos y la curiosidad del aprendiente. En lugar de repetir, el aprendiente se siente capaz de crear y de reelaborar. El enseñante, por su parte, transmite ese deseo mostrando él mismo «interés por el conocimiento, placer en lo nuevo y lo desconocido». (Fernández, 2011: 213). Actitud hartamente difícil en estos tiempos: pese a todo, interesarse por el conocimiento.



Notas

¹ Como puede anticiparse desde el paratexto, este artículo (más allá de citas directas o indirectas) pretende parafrasear algunos postulados esenciales de la obra de Sandino Núñez sobre la cual se entretienen, naturalmente, otros textos clásicos de la filosofía universal (Freud, Benjamin, Adorno, Foucault, Badiou, Bauman, por citar algunos). Nuestro propósito resulta manifiesto desde la propia bibliografía consultada, que incluye casi toda la obra editada de Sandino Núñez y algunos artículos de este y otros autores publicados en la *Revista de Ensayos* que el mismo dirige e integra junto al colectivo Prohibido Pensar.

² En entrevista disponible en: www.uypress.net/uc_51639_1.html

³ En este sentido, resulta elocuente el trabajo de análisis del Prof. Gustavo Espinosa en la *Revista de Ensayos* n.º 7 sobre el documento base de la reestructura de la Educación para este período de gobierno, titulado: «Educación, Prioridad de País: Aportes a la Construcción de una Educación Genuinamente Inclusiva». Luego de criticar afinadamente su contenido se limita a transcribir uno de sus fragmentos para concluir que un documento de tal relevancia que «contenga párrafos como éste, desacredita el texto como programa o manifiesto y lo transforma en síntoma desolador» (51-61). He aquí el fragmento citado: «El marco curricular debe permitir la estructuración de los grandes [sic] ejes pedagógicos que son continuos y acompañan al docente y alumno a lo largo del ciclo. Estos ejes pedagógicos se vuelcan en una malla curricular que reconociendo el conjunto de asignaturas jerarquiza los contenidos, resitúa y recrea [sic] el sentido de las mismas con el objetivo [sic] de cumplir con y alimentar los ejes pedagógicos y con ello contribuir al logro de los grandes objetivos y perfiles de egreso que el MCC plantea».

⁴ Alicia Fernández en su libro *La sexualidad atrapada* (2011) expone cuatro modelos en relación al vínculo que se establece entre enseñante-conocimiento-aprendiente, a los que denomina: ocultar-esconder, exhibir, desmentir y mostrar-guardar. De estos, únicamente el último constituye un tipo de vínculo sano. A los restantes los califica de vínculo psicótico, neurótico y perverso respectivamente.

Bibliografía

- BAUMAN, Zygmunt (2009). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- BENJAMIN, Walter (Sin Fecha). *El capitalismo como religión*. (Traducción de Enrique Foffani y Juan Antonio Ennis). Disponible en: www.redkatatay.org/sitio/talleres/capitalismo_religion_5.pdf [Obra original publicada de forma póstuma en 1985].
- ELIADE, Mircea (1991). *Mito y realidad*. Barcelona: Editorial Labor.
- FERNÁNDEZ, Alicia (2011). *La sexualidad atrapada de la señorita maestra*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- MUNIZ, Fabián (2015). «Enseñar literatura y otras humanidades: tristeza constructora/insatisfacción eterna», en *Revista de Ensayos*, n.º 7, págs. 115-121.
- NÚÑEZ, Sandino (2011). *Disney War*. Montevideo: HUM.
- (---). (2012a). *La vieja hembra engañadora*. Montevideo: HUM.
- (---). (2012b). *El miedo es el mensaje*. Montevideo: HUM.
- (---). (2014). *Breve diccionario para tiempos estúpidos*. Montevideo: Criatura editora.
- (---). (2015). «Un lugar para la militancia intelectual», en *Revista de Ensayos*, n.º 5, págs. 5-39.